

Monte, Llorens demuestra cómo la literatura cubana se autorizó como un saber sobre la nación fundado en valores estéticos y éticos ajenos a los criterios utilitarios de la sociedad colonial. Al autodesignarse los fundadores de la literatura nacional y los “iniciadores de la tradición ética y patriótica de la isla”, los letrados nacionalistas se autoerigieron en custodios de las esencias espirituales de la nación.

“No hay una esencia inmóvil y preestablecida de lo cubano que podamos definir con independencia de sus manifestaciones sucesivas y generalmente problemáticas”, escribía Cintio Vitier. En el espacio social y discursivo que define en isla la relación simbólica azúcar y nación, literatura e intelectuales, Irma Llorens analiza una de esas “manifestaciones problemáticas” de lo cubano, en un trabajo que sin duda constituye una importante aportación al estudio de la historia intelectual del siglo XIX caribeño.

Juan M. Medrano-Pizarro
Dartmouth College

Mirko Lauer. *Andes imaginarios. Discursos del indigenismo-2. Cusco-Lima, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas-Sur, 1997.*

La tesis de Mirko Lauer distingue entre el indigenismo como fenómeno socio-político y el fenómeno artístico que el autor denomina “indigenismo-2”. Separar el indigenismo político que se desarrollaba desde comienzos del siglo XIX y el indigenismo literario, plástico, arquitectónico y musical, desarrollado más tarde (desde 1919 hasta los años cuarenta), permite valorar el último en su propio campo. El lenguaje del indigenismo-2 es simbólico, sus Andes son imaginarios. Lauer deja de confundir, lo cual le posibilita delimitar el objeto estético de su estudio y ganar suficiente distancia de los intentos in-

mediatos de los artistas mismos y de su público. Aclaradas estas premisas, el libro estudia el arte indigenista desde el punto de vista sociológico, pero analizando su propia significación ideológica sin atribuirse la desde fuera.

El enfoque de Mirko Lauer se centra en “desajustes” de varios aspectos del indigenismo-2. El primer desajuste se refiere al punto de vista del escritor o pintor, quien no pertenece al mundo andino que trata de expresar por su obra. La “traducción” de un mundo al lenguaje de otro mundo —observada ya por Mariátegui y estudiada por la crítica literaria contemporánea (Tomás Escajadillo, Antonio Cornejo Polar)— Lauer la ve como “una fantasía de capas medias en ascenso hacia una modernidad conflictiva... esa fantasía consistía en pensar que el mundo no criollo era portador de un lenguaje traducible a los términos de la cultura occidental” (p. 23). El resultado del indigenismo-2 fue una ampliación de la cultura dominante por la incorporación de lo no criollo a lo criollo.

Después del planteamiento general, el libro estudia tres aspectos del arte y la literatura indigenista: su recepción, su concepción del paisaje y su visión del pasado incaico. En el capítulo dedicado a la recepción Lauer comenta varias facetas y varios períodos, desde la aceptación inicial del indigenismo creativo y la célebre “polémica del indigenismo” de la segunda mitad de los años veinte.

En la visión del paisaje, el autor encuentra, otra vez, un desajuste: “El discurso del indigenismo-2 evidencia una total falta de integración entre el hombre y el paisaje, al extremo de debilitar la condición de ‘habitante del paisaje’ de las personas representadas” (p. 62). Los ejemplos de la narrativa de Ciro Alegría y de los cuadros de José Sabogal documentan una especie de montaje de los personajes pegados contra un fondo preexistente.

El capítulo final, “La alucinación incaica”, confronta la literatura indi-

genista con la concepción de los motivos incaicos en el modernismo que acentuó la inhumillabilidad y el orgullo de los Incas. Por contraste, los indigenistas-2 intentan “sustituir lo incaico por lo indígena en la topografía de la cultura dominante criolla”.

Mirko Lauer ha aportado al debate sobre el indigenismo un punto de vista claro, consecuente, polémico, destruyendo los “mitos” del movimiento, sin negar sus valores.

Anna Housková
Universidad Carolina, Praga

Edgar O'Hara (ed.) *Las cartas de José María Arguedas a Pedro Lastra*. Santiago de Chile: LOM, 1997.

La amistad entre Pedro Lastra y José María Arguedas se inicia en 1962, en ocasión del Encuentro Latinoamericano de Escritores organizado en Chile por la Universidad de Concepción. En el cruce de viajes, libros y correspondencia, comienza allí un diálogo que se continua hasta 1969, año del suicidio del novelista peruano. *Las cartas de José María Arguedas a Pedro Lastra* que cuidadosamente edita Edgar O'Hara constituyen no sólo un “testimonio de la historia de esa amistad” —como las cataloga el propio Lastra—, sino también un importante documento de referencia para la crítica arguediana.

Lugar privado de la confidencia, del encuentro, pero también de la máscara, laboratorio de ideas y banco de prueba de propuestas estéticas, la carta es, sin duda, un género privilegiado de la historia de la literatura. El género ocupa también un lugar destacado en la obra de Arguedas. Estas cartas a Pedro Lastra se suman a su ya editada correspondencia con Manuel Moreno Jimeno, publicada en 1993 por Roland Forgues, y al epistolario con John Murra y la Dra. Lola Hoffmann aparecido en 1996. Salvando las especificidades del caso, sorprende al

lector de esta correspondencia constatar la continuidad de una voz atormentada y la presencia acuciante de un sujeto apenado, sospechosamente próximo en Arguedas al sujeto biográfico. Más allá de fáciles identificaciones, es importante destacar, como señala muy bien Edgar O'Hara en el apéndice-ensayo que acompaña esta edición, que ese “sujeto torturado” constituye uno de los “personajes” de la escritura arguediana. Leer la correspondencia de Arguedas, insinúa O'Hara, sería leer la genealogía de esa voz y del sujeto que la enuncia. En todo caso, un discurso de la “orfandad” que se despliega y dimensiona en la otra escena constituye en el imaginario del escritor su prosa novelística.

La intensa amistad entre Arguedas y Lastra contrasta con la “ausencia” de este último en el espacio crítico arguediano; una falta que Lastra achaca a su incapacidad para expresar en el discurso académico lo que le sugiere la lectura de una obra necesariamente ligada en él a los afectos de una relación fraternal. Sin llenar ese vacío, la edición de estas cartas, completa y espejea “Las imágenes de José María Arguedas” evocadas por Lastra en 1992. Sin la estridencia propia del epistolario de Murra o los sorprendentes (por no decir impúdicos) “documentos clínicos” que son las cartas a la psiquiatra que fue la Dra. Hoffman, la correspondencia a Lastra reafirma el radical desamparo desde el que se enuncia y también, hay que decirlo, se instala la escritura de Arguedas. Los temas, como recuerda Edgar O'Hara, se repiten: “parálisis creativa, la persecución de las mujeres, la poca preparación académica, la persistente infelicidad”. A modo de letanía, la queja que soporta esta “letra en sufrimiento” deja leer en su exceso, y por su revés, una política y una economía de la amistad; el exasperado cariño de una relación fraternal que actúa en Arguedas como caja de resonancia de una desolación esencial. O dicho de otra forma: ese personaje-fantasma, acosado por lo que el propio escritor llama “el exceso de sufrimiento” tie-